



LAUTARO Y
GUACOLDA: UN
AMOR POETICO,
PERO COM-
BATIVO

la obra), antes de iniciar la “tortura” de esta entrevista. Sin duda ese gesto sirvió para descender un poco la tremenda barrera de desconfianza inicial que suele erigirse entre dos personas desconocidas, y una tan cautelosa. Pero no hubo foto, ni chocolate caliente, ni chiste mediante que lograra sepultar en un rincón de la pieza su recomendación inicial: Seamos breves ¿ya?

Dramaturga con veinte años de trayectoria, autora taquillera en “La pérgola de las flores”, pero con otras obras de calidad contundente, Isidora Aguirre salió este año de su madriguera y de su silencio no por casualidad: su obra “Lautaro”, primer premio del concurso Eugenio Dittborn, se estrenó hace un mes en el Centro Cultural Los Andes con un éxito considerable de público. Corresponde a una epopeya dramática dirigida por Abel Carrizo, con tono de ópera andina, con tragedia, mucho baile, mucha música de Los

Jaivas, y una espina dorsal que la recorre de comienzo a fin: la visión humanista, llena de amor y positivismo acerca de dos razas divididas por el dominio y la posesión de la tierra. Sin duda en “Lautaro” Isidora toma partido por los perdedores —los mapuches— pero hay un cierto halo de cercanía y sentimiento en esta obra donde no hay malos ni buenos, sino simplemente vencedores y vencidos que aman, sufren, cantan, se divierten y también se matan.

Una tribu de adelantadas

Inquieta, bajita, acelerada y un tanto neura, Isidora Aguirre es un personaje complejo, denso e intenso de nuestra vida y nuestra dramaturgia. Nació en medio de una familia pudiente, pero de mujeres avanzadas, adelantadas y un tanto rompedoras de esquemas. Empezando por su abuela Isidora Zegers, especie de hada

madrina de la vida musical de comienzos de siglo; continuando con su madre, la pintora María Tupper y desembocando en ella misma que, entre obras, estrenos, premios y nuevas obras, se ha casado tres veces, ha tenido cuatro hijos y cinco nietas, la mayor de las cuales ya tiene 15 años. “Tuve una infancia feliz, nunca he estado sola, ni tampoco he sufrido más ni menos que lo que cualquier creador o creadora sufre para llevar una vida privada. He tenido maridos, amantes, he sido mujer cuando hay que serlo y hombre cuando hay que mantener un hogar, pero nunca me he aburrido ni he cargado con demasiadas culpas”, dice, apretando bien apretadita la mano del hechicero Schmied, mirando pícaro por aquí y por allá, y agregando que no tiene problemas en hablar de su vida íntima, pero lo que le carga es verla escrita.

Con muchos hermanos, Isidora se crió en medio de una familia tribal: eran tres

GUERREROS
MAPUCHES:
DESPLIEGUE
DE VITALIDAD
Y ENTUSIAS-
MO ARRIBA
DEL ESCENA-
RIO



ISIDORA
AGUIRRE:
EMERGIO DEL
SILENCIO, Y
HOY DIA LOS
LOLOS
APLAUDEN SU
OBRA MUY
BIEN MONTA-
DA POR ABEL
CARRIZO



casas unidas por un patio interior, por donde deambulaban los Aguirre, más allá los Tupper, los Huneeus y todo el resto de esa parentela que aparecerá pronto en una novela tipo árbol genealógico que piensa publicar. Con tanta abuela, prima o tía pintora, músico o escritora, por cierto que ella desde chica se sacudió las culpas de

ser "artista", esa especie un tanto subestimada en las familias conservadoras. "Al contrario: mis lecturas infantiles no eran el Pato Donald sino los libros de Leonardo Da Vinci, pero al mismo tiempo yo salía a la calle, miraba a tanta gente humilde, anónima y desvalida y me daba cuenta que por allí pasaba una parte importante

de la vida".

Al egresar del colegio, Isidora estudió servicio social, fue bailarina, traductora, profesora de francés, compositora y bordadora. Finalmente, partió a París a estudiar cine, y sin responderse hasta ahora por qué diablos ("porque no soy nada analítica") de vuelta regresó convertida en dramaturga y aplicada alumna de Hugo Miller. Más bien intuitiva, una de sus primeras obras —"Carolina"— giró en torno a una experiencia medio autobiográfica: era una comedia sobre la vida de una recién casada que parte en un viaje en tren y de pronto se acuerda que dejó dos huevos duros hirviendo en una olla. En el fondo, eso le había pasado a ella misma en su primer matrimonio, cosa que por cierto no fue la causal de la separación que vino después, pero la obra fue su entrada "por la puerta ancha" en el teatro chileno. La representó Alicia Quiroga.

Después vinieron otras pequeñas obras que también abordaban el mundo interior de las personas, vinieron sus estudios de técnica dramática, otro matrimonio y finalmente el éxito de los éxitos: "La pérgola de las flores". "Fue una obra de encargo, pero igual la hice con mucho amor y adopté un método que hasta el día de hoy es mi favorito: la observación directa de la realidad y el testimonio. Yo me di cuenta que usando bien los recursos del gran espectáculo —simplicidad y entretención— podía contar la historia de infinitos seres anónimos que no tienen quién cuente su